

**Sumario:**

*La óptica de la espiritualidad cristiana no puede ser otra que la del seguimiento de Jesucristo. De ahí que vivir según el espíritu de Jesús significa, vivir a la manera de Aquel que, "se despojó de su rango", es decir, hacer la experiencia procesual de insertarse de manera solidaria con el mundo de los pobres y los marginados, comprometiéndose en la conquista de un mundo justo y fraterno.*

## Espiritualidad Cristiana en el seguimiento de Jesús

Padre Mario L. Peresson T., SDB.

*Doctor en Teología.  
Rector Colegio Salesiano León XIII.  
Tel.: 342 0972 / Bogotá - Colombia*

**P**rincipio constitutivo fundante de la **identidad cristiana** es lo que comúnmente se ha llamado “la Espiritualidad”. Está fuera de discusión de que en ello radica el corazón del ser cristiano. Con todo, es necesario clarificar, dada su importancia trascendental, qué entendemos por Espiritualidad cristiana, cuál es su principio de unidad y qué elementos la conforman.

A estos interrogantes intentaré dar una respuesta con las siguientes reflexiones, tal vez obvias, dada la abundante reflexión sobre el tema<sup>1</sup>.

## **1. Una clarificación necesaria sobre el sentido de las palabras**

Partimos del hecho de que las palabras “espíritu” y “espiritualidad” son palabras que, desde el punto de vista de su evolución semántica, presentan ciertas ambigüedades o pluralidad de sentidos.

---

Hago referencia en este texto a:

1. CASALDÁLIGA, Pedro y VIGIL, José María: “Espiritualidade da Libertação”, 2ª edição. Coleção Teologia e Libertação, Sao Paulo. 1993.

ELLACURÍA, Ignacio: artículo “Espiritualidad” y SOBRINO, Jon: artículo “Seguimiento” en Conceptos fundamentales de Pastoral, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1983.

ECHEGARAY, Hugo: “La práctica de Jesús”. Centro de Estudios y Publicaciones, CEP, 3ª. Edición. Lima – Perú, 1989.

CASTILLO, José María Y ESTRADA, Juan: “El Proyecto de Jesús”. Verdad e imagen. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1987.

CASTILLO, José María: “El Seguimiento de Jesús”. Verdad e imagen. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1987.

Etimológicamente la palabra “espiritualidad” deriva de “espíritu”. En la mentalidad común y corriente, el espíritu se diferencia y hasta se opone a la materia. Una visión antropológica, derivada del pensamiento griego, planteó una concepción dualista de la persona humana y del mundo: materia–espíritu; cuerpo–alma; tiempo–eternidad; naturaleza–gracia; tierra–cielo. Los dos elementos no sólo se distinguían sino que se contraponían: la salvación, la santidad y espiritualidad cristianas se referían al orden de la gracia, del espíritu, del alma, del cielo, de la eternidad, quedando en un segundo plano, cuando no opuestos, los aspectos materiales, terrenales y temporales. Se planteaba así como exigencias de la espiritualidad, la “fuga saeculi”, la mortificación del cuerpo; se afirmaba que “lo que no es eterno no es nada”, “cuánto más me acerco a las creaturas, más me alejo de Dios”.

Estos conceptos de espíritu y espiritualidad, como realidades opuestas a lo material, temporal y corporal, marcaron por siglos cierto tipo y modelo de santidad y estuvo a la raíz de diversas formas de espiritualismos desencarnados, despreocupados de los problemas de los grupos humanos, desinteresados de las mayores preocupaciones y conflictos que atañen a la humanidad.

Esta comprensión y vivencia de lo espiritual, aunque penetró por mucho tiempo en la mentalidad y prácticas cristianas, es ajena al pensamiento ancestral de la Biblia, a la lengua hebrea, y al mundo cultural semita que no entienden así el espíritu y lo espiritual. En el pensamiento bíblico, el espíritu no se opone a la materia, ni al cuerpo; se contrapone a la muerte (la fragilidad de lo que está destinado a la muerte); se opone al legalismo (en cuanto imposición, miedo, formalismo vacío): “La letra mata pero el espíritu vivifica”.

En este contexto semántico, espíritu significa vida, libertad, fuerza, dinamismo, autenticidad. El espíritu no es algo que esta fuera y opuesto a la materia o al cuerpo, fuera y opuesto a la realidad o a la historia, sino algo que **está dentro; es lo interior y profundo** que habita la materia, el cuerpo, la realidad y la historia, dándoles vida, haciendo que sean lo que son, llenándolos de fuerza, de vitalidad, que los impele y lanza al crecimiento, a la creatividad con un ímpetu de libertad.

En hebreo la palabra espíritu, **ruah**, y en griego la palabra **pneuma**, significan viento, respiración, hálito. El espíritu es como el viento: ligero y potente, libre, envolvente, impredecible, impetuoso; es como el aliento en la persona que respira y se oxigena para poder continuar viva. Es como el hálito de la respiración: quien respira está vivo, quien deja de respirar, muere. **El espíritu es**, entonces, **el principio vital** de las personas, generador y signo de vida; es como el fuego incandescente, abrasador, que transforma.

Desde este concepto antropológico se va a construir y expresar la espiritualidad bíblica y cristiana.

Por esta razón se ha abandonado cada vez más la concepción griega de espíritu y de espiritualidad para aproximarnos siempre más al sentido semita y bíblico del espíritu, superando, de esta manera, toda visión dicotómica y espiritualista de la vida cristiana, de la “vida según el espíritu”.

Con estas aclaraciones podemos avanzar hacia una más rica comprensión y vivencia de la espiritualidad.

## 2. Espíritu y Espiritualidad: Las motivaciones, el sentido y los ideales más profundos de la persona

Superada la visión dualista y dicotómica de la persona y asumiendo una comprensión antropológica más unitaria y profunda, propia del mundo bíblico, podemos, en una primera aproximación, decir que el espíritu de una persona es lo más profundo de su ser: **sus motivaciones últimas, sus ideales, la utopía que inspira su vida**, la pasión y mística por las cuales vive y lucha y con las cuales es capaz de contagiar a otros: es como **el principio vital que lo mueve**, lo impulsa desde dentro.

Esta comprensión de espíritu y de espiritualidad nos abre un horizonte macroecuménico, ya que toda persona que tiene unas razones muy hondas para vivir, que tiene motivaciones muy profundas que le dan sentido a su existencia, cuando tiene una causa noble en bien de los demás y se plantea una utopía movilizadora, podemos

afirmar, sin la menor resistencia, que posee una espiritualidad muy profunda, aunque no sea la nuestra, aunque no sea explícita y conscientemente la espiritualidad cristiana. Por otra parte, desde una lectura de fe basada en la palabra de Dios, esa espiritualidad es, en su origen, una moción del Espíritu de Dios, presente en toda la creación y en lo más íntimo de todo ser humano, renovando la faz de la tierra.

Cuanto hemos dicho nos lleva a dar un paso más en este camino de comprensión de la espiritualidad.

Toda persona que está animada por uno u otro espíritu, está marcada por una u otra espiritualidad, porque la persona humana es un ser fundamentalmente espiritual. En sí misma es un misterio, cuyo sentido de la vida se presenta como un desafío e interpelación constantes. Todo ser humano, si quiere vivir auténticamente, tiene que plantearse en un momento de su vida, como lo propone Adela Cortina, estas preguntas:

- ¿Qué es, cómo es una vida digna de ser vivida?
- ¿Qué es, cómo es una vida que vale la pena vivirse?<sup>2</sup>

Afirmar que el ser humano es un “ser espiritual” significa que el hombre y la mujer son algo más, mucho más, que su “existencia y vida biológicas”, que en ellos hay una cualidad de vida superior a la de un simple animal o ser material. Ese algo más, esa realidad, profunda, misteriosa, pero real, reconocida y afirmada en tantas corrientes filosóficas o antropológicas y religiosas es lo que designamos como espíritu y espiritualidad.

**El espíritu es, pues, la realidad más profunda del ser humano en búsqueda de sentido, sin la cual no podría hablarse de persona humana.**

Toda persona, de una u otra manera, deberá optar por un punto fundamental de referencia sobre el cual construir su existencia y articular todas sus elecciones y su toma de posición frente a la realidad

---

<sup>2</sup> Vida Nueva, 24 de marzo 2001, pág. 31.

y a la historia, el cual viene a ser como el faro, la brújula, el mapa de navegación de su vida. Es lo que se llama la **opción fundamental**, y en ella aparece la **dimensión religiosa de la vida**, porque en esa opción fundamental la persona define el valor que coloca en el centro de su vida, que inspira y orienta la totalidad de su existencia y de sus elecciones, y cuál es su punto absoluto de referencia, cuál es su Dios o su dios.

Esta religiosidad profunda coincide con lo que hemos llamado espíritu o espiritualidad.

### 3. Una vida sin Espíritu; Pérdida de la “dimensión de profundidad” en la existencia

Una de las consecuencias más lamentables del estilo de vida moderno y posmoderno, marcados por la idolatría del mercado, por el consumismo y la vida “light”, es la **pérdida de la vida interior**. No faltan quienes la consideran algo inútil y superfluo, o simplemente que no vale la pena ponerle atención. Son personas que organizan su vida sólo desde el exterior y la superficie, por lo que se aparenta y lo que se ve. Casi todo lo que hacen tiene como objetivo alimentar su personalidad más externa y superficial. Nunca ahondan en su interior, ni quieren penetrar hasta “el fondo” de la persona, es decir, el sentido de su vida, la razón de su existir, el por qué y para qué vivir. Todo se agota en el aquí y ahora, en lo inmediato y en las apariencias. Caminan por el mundo sin darle o preocuparse por el sentido de la vida.

Van pasando la vida sin percibir a los otros, aunque estén constantemente en relación con ellos, sin relación viva, ni consigo mismo, ni con los demás, ni con Dios; poco a poco van cayendo en la trivialidad y el empobrecimiento personal. Por otra parte, para otros la vida del espíritu está tan desprestigiada que se califica de evasión cualquier deseo de superar esta mediocridad para cultivar el mundo interior.

Paul Tillich escribió hace algunos años un precioso libro intitolado “La dimensión perdida” que mantiene una impresionante actualidad. Dice en él:

*“Existen numerosos análisis del hombre actual y de la sociedad moderna. Pero la mayoría de ellos no pasan de ser una diagnosis de las características más notables, y sólo pocos consiguen encontrar una clave para la comprensión de nuestra actual situación. Aunque no es ello cosa fácil, quisiera yo intentarlo y comenzar con una afirmación que, de momento, podrá parecer ininteligible: el elemento decisivo en la actual situación del hombre occidental **es la pérdida de la dimensión de profundidad**. “Dimensión de profundidad” es una metáfora espacial; ¿qué significa cuando se la aplica a la vida espiritual del hombre, y se dice que es algo que éste ha perdido? Significa que el hombre ha perdido la respuesta a la pregunta por el de dónde viene y a dónde va, la pregunta por lo que hace y deja de hacer de sí en el breve espacio entre el nacimiento y la muerte. Estas preguntas no encuentran ya respuesta alguna; más aún, ni siquiera son planteadas cuando se ha perdido la dimensión de profundidad. Y esto es precisamente lo que ha acontecido en nuestra época. Ser religioso significa preguntarse apasionadamente por el sentido de nuestra vida y estar abierto a una respuesta, aún cuando ella nos haga vacilar profundamente”.*

Esta carencia de interioridad impide a muchos construir su vida de forma auténtica y gozosa. Unos maquillan sólo su fachada exterior pero por dentro están inmensamente vacíos. Otros desarrollan un “yo” aparentemente fuerte y poderoso, pero inauténtico; ellos mismos saben en lo secreto de sí mismos que su vida es apariencia y ficción.

#### **4. La Espiritualidad Cristiana: En el seguimiento de Jesús**

Surge ahora espontáneamente la pregunta: Si cuanto hemos dicho es espiritualidad, entonces qué es la Espiritualidad cristiana? Qué tiene de novedad, qué aporta de específico? Cuál es su identidad? Qué la hace única e inconfundible?

Cuanto hemos dicho hasta ahora se refiere también y de manera eminente a la Espiritualidad cristiana; más aún, es su fundamento y sustento antropológicos. De entrada tenemos que decir que la espiritualidad cristiana no se refiere en primer lugar a unos valores que inspiran y motivan la vida y el actuar de los creyentes; ni es sólo la

práctica o ejercicio de aquellas virtudes que encontramos en el Evangelio y que constituirían la esencia de la santidad cristiana. Por ejemplo, no se da simplemente una espiritualidad “de la oración”, aunque ésta sea indispensable en la espiritualidad cristiana; no existe una espiritualidad “de la pobreza”, o “de la solidaridad”, o “de la comunión”, por más que todas estas virtudes forman parte de la vida cristiana auténtica.

La respuesta a la pregunta: “¿Qué es la Espiritualidad cristiana?” está directamente relacionada con esta otra: “¿En definitiva, **qué es ser cristiano?**”

La revelación de Dios en Jesucristo da una nueva luz y una profundidad y sentido insospechados a la espiritualidad humana.

La fe nos descubre un sentido propio y da un significado nuevo a la vida, a la historia y al mundo. Dios no sólo creó el mundo, y no sólo hizo de él y de la historia el escenario de su revelación y acción salvadora; no sólo creó el ser humano e hizo de él el principal protagonista de la historia, sino que quiso comunicarse al ser humano más plenamente **autodonándose** a sí mismo. No sólo se reveló a través de la mediación de la creación, de la voz de la conciencia, de las interpelaciones de la historia, de la riqueza espiritual de las culturas, sino que quiso revelarse a la humanidad directa y personalmente en la persona de su Hijo Jesucristo: “De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos”. (Hb 1, 1-2).

Los cristianos creemos que, en Jesús, Dios pronunció su Palabra en carne, en sangre, en historia, en muerte y resurrección. En Jesús de Nazareth, nacido de mujer (Ga 4,4), habita personal e históricamente la plenitud de la divinidad (Col 1, 15-20). En Él, Dios se reveló como Amor. En Él nos reveló el sentido y el fin de la existencia y de la historia: la utopía del Reino. Y se revela a sí mismo en la trayectoria de Jesús como la realización anticipada de la plenitud de la nueva humanidad. En Él la persona encuentra la causa y los motivos para vivir, para convivir y para entregar la propia vida.

A partir de este acontecimiento único e irrepetible, la principal tarea y al mismo tiempo **desafío teórico – práctico para nosotros los cristianos, consiste en comprender y vivir correctamente nuestra relación con Cristo** de quien recibimos el nombre. También puede llegar a ser un problema si se tienen en cuenta las dificultades que se han presentado a lo largo de la historia para establecer correctamente dicha relación y que con frecuencia, y se ha desvirtuado o falseado.

Sin embargo, la manera más segura y auténtica para establecer esta relación fundante, es acceder directamente a los Evangelios, que para nosotros son la “norma normans non normata”. En ellos aparece con una evidencia deslumbrante, como origen y fundamento de toda vida cristiana, la invitación y exigencia que hace Jesús a seguirlo.

En los Evangelios, el ser cristiano se define por la relación absoluta a la persona de Jesús y a su seguimiento. Por lo mismo, la espiritualidad cristiana es la espiritualidad del “seguimiento de Jesús”. Es “espiritualidad” porque la persona de Jesús y su seguimiento, su proyecto de salvación, la instauración del Reino de Dios y su justicia en el mundo, son la motivación, el impulso, la utopía, la causa para la cual el cristiano vive y lucha, es su opción fundamental y el sentido de su vida.

**“El seguimiento de Jesús” se convierte, entonces, en la definición y compendio de la vida cristiana, porque expresa quién es Jesús y la manera de acceder y relacionarse con Él.**

Por eso, si queremos definir la identidad cristiana y la experiencia fundante de la relación con Jesús, tendremos que hacerlo necesariamente **desde el discipulado y el seguimiento**. Y el único camino es el de la aproximación directa al testimonio de los Evangelios.

### ***Discípulos y seguidores de Jesús***

Jesús anunció la cercanía, la irrupción y presencia del Reino de Dios y exigió la conversión, la fe y la práctica del amor como la manera concreta de acogerlo y acceder a él. Al hacerlo llevó a cumplimiento todas las promesas y expectativas del Antiguo Testamento.

Pero la exigencia más específicamente suya, la más radical, fue la invitación a seguirlo, dando así inicio a la vida cristiana.

### **He aquí como lo presentan los Evangelios:**

- *El seguimiento nace de un llamamiento por parte de Jesús*

Todos los Evangelios relatan que Jesús, al comienzo de su actividad pública, llamó a diferentes personas para que fueran sus discípulos y lo siguiesen: “Venid conmigo” (Mc 1, 7 y par.), con una invitación explícita: “Sígueme” (Mc 2, 14 y par.). **Este modo de llamar sólo es comparable con la llamada que Dios mismo hace.**

- El seguimiento de Jesús está siempre vinculado en sus orígenes a una **vocación**.

En todos estos relatos vocacionales encontramos el mismo esquema, o, si queremos decirlo mejor, la misma dinámica:

- **Jesús** pasa, **va de camino** (Jn 1, 36; Mc 1, 16; Mt 4, 18)
- Se produce un **encuentro** que en su origen tiene una actitud de búsqueda: “¿Qué buscáis?” (Jn 1, 38).
- Jesús **ve** a alguien: “Jesús fijó su mirada en él” (Jn 1, 41). La mirada de Jesús cautiva, atrae, penetra el corazón.
- Se indica la **actividad, condición o profesión** de quien es llamado.
- **Se produce una experiencia profunda con Jesús, a la cual Él mismo invita:** “Maestro, dónde vives?” Jesús les respondió: **“Vengan y vean”**. Fueron, pues, vieron donde vivía y se quedaron con Él aquel día: era más o menos la hora décima” (Jn 1, 38 – 39).
- De este encuentro y de esta experiencia nace **un reconocimiento:** Rabbí, que quiere decir “Maestro”, “Dónde vives?” (Jn 1, 38). “Hemos encontrado al Mesías, que quiere decir Cristo” (Jn 1, 41).

“Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y también los profetas: “Jesús, el hijo de José, el de Nazareth” (Jn 1, 45).

“Rabbi, tú eres el Hijo de Dios. Tú eres el Rey de Israel” (Jn 1, 49).

- **Jesús llama a seguirlo:** “Sígueme” (Jn 1, 43); “Venid conmigo” (Mt 4, 19);  
“Y los llamó” (Mt 4, 21); “Ven y sígueme” (Mt 19, 21).
- Quién es llamado **lo deja todo:** familia, profesión, trabajo, bienes, observancia de la ley **y se pone en el seguimiento de Jesús.** (Mt 4, 22); (Mt 9, 9); (Mt 19, 22).
- Seguir es mantener una relación de **cercanía** con Jesús, gracias al hecho de **ponerse en movimiento.**

Los Evangelios siempre presentan a Jesús en camino (Mt 20.17.30; 21, 8.19; Mc 2, 23; 8, 27; 9, 33 – 34; 10, 17.32.46.52; 11, 8 Lc 9, 56; 18, 35; 19, 36; 24, 32.35; Jn 4, 6).

El seguimiento de Jesús es de cercanía a El y de movimiento, de caminar con El. Jesús siempre va de paso... hacia adelante; está en camino hacia Jerusalén donde se realizará la Pascua, culminación y sentido último de su vida.

- Jesús llama al seguimiento para hacer **participes** a sus discípulos **de su vida y de su misión.** (Mc 3, 13–14).

Con la plena conciencia de que la Espiritualidad cristiana es en su origen, fundamento y fin, la Espiritualidad del SEGUIMIENTO DE JESÚS, quiero en esta sencilla reflexión poner de relieve sólo un rasgo de sus más significativos, que deben estar presentes en toda forma de espiritualidad que se inspire y nutra en las fuentes del Evangelio.

## 5. Espiritualidad de la Encarnación

### **EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN, fundamento de la Espiritualidad cristiana en el seguimiento de Jesús.**

La espiritualidad cristiana, que se comprende y caracteriza por el seguimiento de Jesús, comienza por la **configuración con Él en el misterio de la Encarnación.**

Para comprender la espiritualidad cristiana debemos, pues, partir del hecho, del significado y alcance de este misterio cristológico.

Para nosotros, los cristianos, la revelación y experiencia de Dios—amor, solidario con la humanidad, se condensa y plenifica en Jesús de Nazareth, el Cristo.

**Cristo Jesús es la revelación histórica, el sacramento primordial de la solidaridad de Dios para con nosotros, lugar de la presencia y del encuentro con Él:** “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1, 18). Cuando Felipe le pide a Jesús: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta”, Jesús le responde: “Tanto tiempo estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre”. (Jn 14, 9).

El misterio de la Encarnación es la expresión máxima de la solidaridad de Dios: el Hijo de Dios asume nuestra condición humana para liberarnos de la esclavitud de la Ley y para compartimos la filiación divina: “Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación, adoptiva” (Ga 4,4). La solidaridad es la decisión desde siempre de Dios de compartir lo que nosotros somos para compartimos lo que Él es. El misterio de la Encarnación es el misterio de la condescendencia, de la filantropía (Tt 3, 4), de la humanización de Dios y al mismo tiempo de la ascensión y divinización de la humanidad: “La Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros. A todos los que la recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre” (Jn 1, 14.12).



**Al tomar el misterio de la Encarnación como principio fundante de nuestra espiritualidad, es preciso señalar las dos diversas perspectivas como puede ser considerado, ambas cargadas de profundas consecuencias.**

- *La primera es la que considera la Encarnación **como acontecimiento escatológico**, como un hecho puntual, específico, o sea, el momento en el que el Hijo de Dios se hizo carne en el seno de María.*

En pocas palabras, se puede comprender como el evento extraordinario de la venida del Hijo preexistente de Dios a la tierra, como la máxima y plena manifestación del amor misericordioso de Dios, una condescendencia finalizada a la redención de la humanidad para el perdón de los pecados, como fue entendida predominantemente en la teología occidental, subrayando el carácter propiciatorio de la encarnación, o con miras a la divinización del ser humano: humanización de Dios para la divinización del hombre, como fue comprendida en la teología oriental. En definitiva ambas teologías tratan de dar respuesta a este interrogante decisivo en la Cristología: **¿Cur Deus homo?** Por qué Dios se hizo hombre? La respuesta a esta pregunta estuvo a la raíz de las innumerables controversias cristológicas de los primeros siglos que culminaron en las definiciones dogmáticas del Concilio de Calcedonia. (Año 451).

Aunque fecunda desde el punto de vista doctrinal, esta visión del misterio de la Encarnación dejó muy en la sombra la humanidad de Jesús; corrió el riesgo, como efectivamente se dio en la teología escolástica, de elaborar una cristología sin Jesús de Nazareth.

Otra enfoque del misterio de la Encarnación la comprende también como acontecimiento extendido en el tiempo, que abraza toda la existencia histórica del Hijo de Dios hecho hombre. El Hijo de Dios asumió plenamente nuestra condición humana, no en forma genérica sino concretamente: se hizo historia, pueblo, cultura, artesano, pobre, exiliado, perseguido, condenado a muerte, crucificado fuera de la ciudad. (Hb 4, 15-16).

El documento del Concilio Vaticano II en el que la opción por esta



perspectiva se percibe más claramente es la Constitución “Gaudium et Spes”. La óptica de la encarnación aparece como trasfondo de todo el documento. Al final del capítulo que presenta la figura del hombre perfecto, Jesucristo, quien revela al mismo tiempo en sí el misterio de Dios y el misterio del hombre, afirma:

**“El Hijo de Dios (...) trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre; nacido de la Virgen María se hizo verdaderamente uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”** (n. 22b).

No podría decirse de manera más incisiva y comprensible para los hombres y mujeres de hoy lo que significa el misterio de la encarnación. Los cuatro verbos usados: trabajar, pensar, obrar, amar; acompañados cada uno de ellos con la mención de las respectivas facultades o instrumentos de actuación – manos, inteligencia, voluntad, corazón –, y seguidos cada vez por el adjetivo “humano/a/as”, confieren a la afirmación una acentuada densidad encarnatoria. Y la frase final: “se hizo verdaderamente uno de nosotros” – lleva dicha densidad a su más alto grado.

- Una segunda perspectiva ve en la Encarnación la plenitud del **modo de revelarse y de actuar** asumido por Dios para manifestarse en el mundo y para actuar en orden a la realización de su proyecto salvífico. **Es la “lógica” o “ley” de la encarnación.** Significa que Dios, en la realización del plan de salvación, al obrar en favor del mundo y de la humanidad, lo hace siempre **en forma humana**, es decir, **entrando** en la realidad humana y asumiéndola **como lugar, mediación y signo** para llevar a cabo su proyecto. Así lo manifiesta toda la revelación testimoniada en el conjunto de la Escritura. Esta perspectiva interpretativa del misterio de la Encarnación es la que hoy se revela preponderante en el campo teológico, pastoral y en la espiritualidad: **pastoral de la encarnación, espiritualidad de la encarnación.**

La lógica de la Encarnación propia de la revelación divina se manifiesta en el **carácter histórico de la Revelación: la historia**



humana, con todas sus peripecias y avatares, es el **lugar y mediación de la revelación** divina: Dios se revela **en** y **desde** los acontecimientos históricos: desde ellos y en ellos Dios llama, interpela y revela su voluntad.

La historia humana no es sólo escenario del actuar de Dios, mucho menos la Palabra de Dios cae como un rayo desde el cielo sobre la tierra como la línea vertical sobre la horizontal, sino que los **acontecimientos se vuelven sacramentales, epifánicos** del actuar de Dios. La función del profetismo es precisamente ésta: hacer una lectura de la historia, interpretarla desde la fe, para desentrañar su sentido salvífico, plantear la voluntad y la utopía de Dios: escuchar su Palabra.

¿Qué significa e implica vivir el seguimiento de Jesús desde la lógica del misterio de la Encarnación?

- **En Jesús, Dios asumió plenamente nuestra condición humana.** “La palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1, 14), es la afirmación fundante de la Cristología del Nuevo Testamento y de la fe de la Iglesia: Jesús de Nazareth es plenamente hombre y en Él habita la plenitud de la divinidad (Cl 1, 15.19).

Esta afirmación tiene un alcance soteriológico incalculable, pues en Cristo Dios asumió la condición humana de todos y cada uno de los seres humanos: la humanización de Dios tiene como contrapartida la divinización del ser humano. En Cristo Jesús, Dios se hace lo que nosotros somos, para que la humanidad sea lo que Él es. Cristo Jesús es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre. A partir de esta afirmación de fe, en la espiritualidad cristiana no cabe ningún espiritualismo o minusvaloración de lo humano. Lo humano lleva el sello divino.

- **En Jesús, Dios se hizo historia y asumió la historia de los pueblos.** La Encarnación del Hijo de Dios se dio en la historia humana, en un lugar y tiempo precisos:

Con todo, la encarnación no es sólo un momento, sino un proceso, una historia. No se reduce al acontecimiento crucial de la anunciación y aceptación en la fe, por parte de María de ser la Madre del Salvador, sino que toda la vida de Jesús fue un proceso, una



historia de la Encarnación: desde su nacimiento, en su infancia, en Nazareth como artesano, en las tentaciones del desierto, en su vida pública como evangelizador y servidor del Reino, en la Cruz y en la Resurrección.

Por la encarnación, Dios entró en la **historia de los pueblos**. Se dio en un momento particular de la historia del pueblo judío, bajo la ocupación romana. En medio de las contradicciones económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas e implicándose en ellas, Jesús proclamó e inauguró la utopía de Dios, el Reino de Dios.

Vivir la espiritualidad de la encarnación en el seguimiento de Jesús significa e implica para nosotros, hoy, entrar en los procesos históricos de nuestros pueblos, asumiéndolos, encarnándolos en ellos, acompañando el caminar del pueblo, en medio de las contradicciones que ello conlleva, participando en sus luchas por la causa de la liberación y de la afirmación de la vida en plenitud, que es la causa justa del Reino.

- **En Jesús, Dios asumió la condición de los pobres, sus padecimientos y se comprometió con su causa liberadora.**

En Jesús de Nazareth, Dios no se hizo genéricamente hombre sino concretamente pobre; de una familia pobre y trabajadora, en la región desprestigiada y marginada de Galilea, en un villorio sin reconocimiento alguno, Nazareth; fue rechazado en Belén, no teniendo donde nacer; fue perseguido por el tirano Herodes, tuvo que huir al exilio, fue acosado por los grupos sociales poderosos de su época, fue crucificado como insurrecto contra el imperio. La Carta a los Filipenses expresa esta realidad afirmando que el Hijo de Dios "Se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo". (Fl 2, 7).

En el seguimiento de Jesús, y a ejemplo suyo, el misterio de la encarnación se vive **en la inserción solidaria con el mundo de los empobrecidos y excluidos de la tierra** y en la participación activa en la búsqueda y luchas cotidianas por su sobrevivencia y por la construcción de una sociedad justa y solidaria.



Encarnarse en el mundo de los pobres, a ejemplo de Jesús, significa también **vivir en profundidad el proceso de inculturación del Evangelio**, en la pluralidad y riqueza de las culturas, asumiendo todos sus valores, sus raíces, su historia, sus contradicciones y esperanzas y desafíos, enriqueciéndolas propositivamente con la Novedad del Evangelio.

De la misma manera deberían tratarse los demás aspectos y componentes de la espiritualidad cristiana, vistos, todos ellos, desde la perspectiva del seguimiento de Cristo libertador una espiritualidad apostólica a servicio del Reino, pro-siguiendo el proyecto y la misión de Jesús; una espiritualidad pascual compartiendo el destino de Jesús, muerto y resucitado.

En este breve artículo sólo he querido plantear la óptica, la perspectiva y el principio unificador de toda espiritualidad cristiana auténtica, que no puede ser otra que la del **seguimiento de Jesús**, el verbo encarnado, evangelizador del Reino y de la vivencia de la Pascua.

